
CAPÍTULO X.

**La mujer en las Cruzadas.—El reinado de la mujer.—
El tribunal de amor.—Las artes.**

Mientras esto sucedía en Europa, en Oriente se cometía una terrible profanación. Los árabes subyugaban el Asia, y el Santo Sepulcro de nuestro Redentor era objeto de sacrílegas burlas por parte de los conquistadores: Pedro el Ermitaño, ceñido su tosco hábito con un cordel y blandiendo un crucifijo, recorrió el Occidente predicando la guerra santa, y millares de guerreros, ceñéndose la armadura, corrieron á libertar los Santos Lugares de las abominaciones de los infieles.

La mujer tuvo su parte de gloria en estas jornadas: habiendo conseguido hacer del amor una religión, impuso al amante la obligación de ir á la guerra santa para merecer su cariño, le inspiró la más noble ambición de gloria, y supo tocar de tal modo la fibra más delicada de su corazón, que Jerusalem se conquistó, y las banderas de la cruz volvieron á tremolar sobre la cumbre del Calvario.

La mujer, durante este período histórico, ya que la debilidad de su sexo no le permitía ceñir el arnés, empleó su ternura y la persuasión de su pa-

labra en procurar prosélitos á las armas cristianas, y no vaciló en seguir al ejército para dar ejemplo á los que desmayaban, aunque para ello hubo de arrostrar el hambre, la sed y la fatiga con un heroísmo solo comparable á su fé.

Hubo un momento en que el entusiasmo decayó, en que la causa santa del cristianismo pareció sumida en el letargo precursor de la muerte. El esfuerzo de los Cruzados se estrelló ante los muros de la Ciudad Santa: la ineficacia de los triunfos, la carencia de bastimentos, la indomable fiereza de los hijos del desierto, la misma desorganización de los campeones de la Cruz, la extraña amalgama que resultaba de hombres llenos de fé al lado de aventureros sin conciencia; de caballeros sin tacha, codeándose con bandidos que á la sombra de la Cruz ejercían su industria, todo contribuyó de tal manera á disminuir el ardor de los Cruzados, que el espíritu de la guerra santa agonizó. Un jóven y virtuoso monarca, San Luis, Rey de Francia, enarboló el estandarte de Godofredo, y en todos los ámbitos de la tierra volvió á oírse el grito de «¡Dios lo quiere!» pero con tan escaso resultado, que el augusto caudillo desmayó.

La mujer comprendió su deber; y deseando matar la atonía que del sexo fuerte se apoderaba, voló á colocarse bajo las banderas de aquel rey, y partió á Tierra Santa formando la inmensa mayoría de aquel ejército que no llegó á ver los muros de la ciudad deseada: el hambre, la peste, la fatiga propia de tan largas jornadas, minaron la salud del ejército expedicionario y esterilizaron el fruto que

el rey-caballero se prometía alcanzar, pero no en modo alguno el que la mujer sembró con su ejemplo. Escasos restos de esta cruzada lograron regresar á sus hogares, y entonces los hombres, estimulados por la conducta del sexo débil, conceptuándose heridos en su amor propio, empuñaron las armas, y sus bravos corceles de batalla hirieron con sus herrados cascos los marmóreos suelos de las mezquitas musulmanas y pacieron en sus altares el aromático heno de los jardines de Armida.

Terminó la guerra santa; los árabes fueron arrojados de Palestina, y si bien no se conjuró el peligro de una manera radical, se consiguió por lo ménos interponer una valla entre la barbárie y la civilización, entre el despotismo y la libertad. Sin embargo; el ejemplo de las ciudades conquistadas, la molicie y el placer que los hijos de Europa habían encontrado en los harenes del Asia, había hecho nacer en el corazón de aquellos héroes algunas ideas inarmónicas con su fé y en opuesta contradicción á sus antiguas costumbres; pero la mujer volvió por su dignidad, y de tal modo supo avasallar al sexo fuerte, que bien merece llamarse á este momento histórico *el reinado de la mujer*.

Fijas en ella las miradas del hombre, dominado éste por los expresivos reflejos de sus velados ojos, deslumbrándole continuamente con el artificial incremento de sus atractivos, desdeñando las antiguas formas del amor para obligarle á inventar otras nuevas, borró de su corazón los resabios de voluptuosa molicie que sembraran en él las lujuriosas mansiones orientales, las incitantes desnudeces de

la odalisca y el método de vida de los serrallos musulmanes. Ya no blasonaban los caballeros de sus multiplicados triunfos de amor; ya solo se enorgullecian de amar mucho á una sola mujer, y de ser su esclavo, cumpliendo exactamente, si averiguarlo podían, el más recóndito pensamiento de su amada.

De aquí nacieron esas magníficas hazañas que en la historia nos parecen cuentos: del culto de la mujer. Por una mujer, un gallardo doncel, un niño aún, se atreve á penetrar solo en Damasco y arranca de los tesoros del Emir el lazo de perlas negras de Fátima: por una mujer, Pedro de Lara atraviesa la morisca Alpujarra, y llevando su camino á sangre y fuego, la arranca de entre los nutridos escuadrones Zegriés y la conduce en triunfo al Saucejo. Esta es la época más caballeresca, más galante, es la época de las acciones más levantadas, de los más soberbios monumentos, porque la imaginación del hombre, alumbrada por los rayos que le prestara el génio soñador de la mujer, dió cuerpo á sus concepciones artísticas y convirtió sus magníficos ideales en asombrosas traducciones de piedra, mármoles y metal.

La mujer, pues, había sabido colocarse á gran altura: la estatua apareció por fin sobre su pedestal, y dominó la creación con una mirada de sus eloquentes ojos. El hombre abdicó de su voluntad para arrastrar el carro triunfal de su compañera: el esposo no faltaba á la esposa, el prometido solo vivía en su prometida, y le guardaba tal respeto, le profesaba tal veneración, que hubiera perdido mil vi-

das antes que ofenderla. En Francia, donde no existían enemigos de la Cruz que combatir, se formó el célebre Tribunal de Amor, cuyos jueces eran las más bellas damas del reino, y cuyas sentencias, que hoy nos parecen ridículas, eran cumplidas por el caballero desleal con tanta puntualidad y tal respeto, que solamente esto demostraba de una manera suficiente el alto puesto que la mujer había sabido conquistarse.

El premio del caballero constante se fijó en poder vestir en su traje los colores favoritos de su amada, y no satisfecha aún la galantería, Raul de Nestre se coloca una argolla de hierro al cuello para demostrar la esclavitud de su alma; los caballeros enamorados siguen su ejemplo, y raya en extravagancia el delirio del amor. Uno de ellos, cuyo nombre calla la historia, amaba y era amado por Lupa de Permancier, y queriendo identificarse hasta con el nombre de su amada, rondaba por las noches el castillo donde aquella moraba, cubierto con un traje de pieles de lobo y ahullando con tal perfección, que uno de los ballesteros que hacía centinela en los adarves, le mató con un dardo, creyendo que era el dañino animal que tan fielmente representaba.

Por todas partes el amor contaba sus victorias por la medida del tiempo: cada hora, cada segundo, era un nuevo triunfo arrancado á la ignorancia. El baron de Steinbach tenia una hija llamada Blanca, cuya fama de hermosura llenaba el condado de Baden: un albañil, un pobre obrero, Juan Erwin, se enamoró de ella, y por hacerse digno de su mano, idea y realiza la construcción de un edificio que

perpetuase su nombre y le elevase hasta la altura de los Steinbach. El insomnio se apodera de sus párpados, pero no descansa, no se dá momento de reposo; y tras innumerables fatigas, como premio á su aplicación y estímulo á su trabajo, consigue construir, bajo su acertada dirección, la magnífica catedral de Strasburgo, y ve realizado el sueño de su vida cuando la entusiasmada multitud le declara el maestro más entendido de su siglo.

Eternos monumentos había levantado el hombre en honor de la mujer durante esta época: la arquitectura, la escultura, la pintura, guardaban en piedra, mármoles y frescos los episodios más brillantes de la historia de la mujer. El hombre, afanándose en perpetuar el ascendiente que sobre él gozaba su compañera, en recrear su imaginación para devolverle en parte lo muchísimo que le debía, creó industrias mil cuyo ejercicio diese más atractivos á la hermosura, perfeccionó la armonía musical, y encontrando poco ideal la pintura al fresco y al temple, inventó los colores al óleo, con los que podía á su placer, y aprovechando su transparencia, fijar sobre el lienzo el destello de una mirada, la morbidez de una forma, el sentimiento purísimo de candor que reflejaba la frente de una virgen. En una palabra: no se satisfizo con representar la forma de la materia, sino que la vivificó; profundizó las artes y las ciencias, torturó su ingenio hasta reproducir en sus obras la imagen animada de aquel ser querido, dando á sus creaciones la expresión del pensamiento, los efluvios del alma, para que al asomar el espíritu á la superficie del cuadro, amasen sus des-

endientes lo que él había amado y admirasen lo que causara su admiración. Rafael de Urbino vé una joven sentada en un tonel en una fiesta de vendimiadoras de la campiña romana, é impresionado por su belleza, la traslada al lienzo, creando así su famoso cuadro de «La Virgen de la Silla»: aquel tipo tan perfectamente grabado en su alma, es el modelo de todos sus lienzos que hoy admira el mundo, de esas Madonnas ante cuya límpida hermosura el mismo brigante dobla la rodilla, y cuyos rostros parecen animados del calor vital por la transparencia y delicada tinta de sus contornos.

Corriendo este período, la madre forma el corazón de sus hijos, los educa en la caridad y en el amor al prójimo: su primer paso en la vida es socorrer las necesidades del mendigo, dar hospitalidad al peregrino que regresa de Tierra-Santa y les cuenta en pago las gloriosas hazañas de los campeones cristianos; y cuando estos niños llegan á ponerse en disposición de empuñar las armas, protegen á la inocencia, la debilidad y la desgracia, esclamando al enristrar su lanza: «¡Por mi Dios y por mi dama!»

Todo respira nobleza; por grandes, por innumerables que sean los tormentos que haya de recibir un caballero, no se le hará renegar de los principios que sustenta: se le verá abatido, destrozados sus miembros uno por uno, pero jamás faltará á su fé ni cometerá una acción indigna: no parece sino que su madre revistió su corazón con una cota mil veces más fuerte que la malla que resguarda su pecho del arma homicida. De este modo siguió la mujer conservando sus derechos, los aumentó al par que

se impuso obligaciones sagradas; el hombre la miró como complemento de su ser, y el renacimiento de las artes, así como la modificación de las costumbres, llegó á ser un hecho. Las ideas guerreras se fueron amoldando al nuevo gusto de la época, se crearon multitud de instituciones benéficas, desarrollóse el sentimiento, y á las grandes batallas sucedieron los grandes inventos, á las tinieblas la luz.



CAPÍTULO XI.

La mujer diplomática.—Isabel la Católica.—Catalina Suarez Pacheco.—Caoniana.—Juana de Arco.

Parecia que la mujer habia dicho la última palabra en pró de su regeneracion y del bien de la sociedad, y sin embargo, solo habia hecho el prólogo de la obra. Quiso dar á conocer que no solo podia ser la directora del hogar, el regulador de las pasiones del hijo y del esposo, sino que á su penetracion podia encomendarse la felicidad de los pueblos, y la que de humilde esclava habia conquistado el rango de señora, podia en sus manos dirigir un cetro real y sustentar sobre sus sienes el enorme peso de una corona.

España yacia en la embriaguez de la guerra civil: ocupados los reinos en que se dividia en ensanchar sus fronteras por la conquista, tan pronto se aliaban para combatir al enemigo comun, representado en los kalifatos de Granada y Córdoba, como luchaban entre sí para sostener su mejor derecho sobre un puñado de tierra conquistado á los árabes. A todas horas la campana del castillo tocaba á rebato; á cada momento su lúgubre tañido despertaba al cuervo en la endidura de la roca, y le hacia graznar de alegría ante el festin que las armas le

preparaban. No era ya la lucha entre reino y reino, sino entre presidio y presidio, entre señor y señor: era el despojo mútuo por la razon de la fuerza, el pillaje protegido por un blason y alentado bajo la sombra de una bandera. Los reyes se confesaban impotentes para dominar esta anarquía, y mientras dictaban leyes inútiles, mientras procuraban aunar las voluntades de sus nobles, sostenian con mano insegura la corona real, vacilante en sus sienes. Necesario era poner un límite á tanta osadía, y escrito estaba que ese límite habia de ser el reinado de una célebre mujer, de una doncella purísima, y á la par hábil diplomática: Isabel I la Católica.

Las coronas de Castilla y Leon ceñian su juvenil cabeza, y regia los destinos de ambos pueblos con un tacto tan especial, con tan delicadísimo acierto, que ni el menor pretesto daba á los señores *de pendón y caldera* para disputarse conquistas que ella agregaba como preciosos florones á sus coronas. Sin embargo, veia limitados sus reinos por los de Granada, Córdoba y Murcia, donde tremolaba el estandarte verde de Mahoma; y considerando la pequeñez relativa de sus Estados con los que el enemigo poseia, comprendia la necesidad de una alianza con los demás príncipes cristianos, no solo para contener el ardor de los musulimes, sino para arrojarlos á las costas de Africa; pensamiento fijo en su imaginacion desde su advenimiento al trono. Pero... ¡eran tan efimeros los tratados! La experiencia le habia demostrado cuán fugaces eran estas alianzas, la mayor parte de las veces verbales, muy pocas escritas, que la magnánima reina desmayaba, si bien

no abandonó jamás el objetivo de sus aspiraciones.

Isabel había llegado á la edad núbil, y los cortesanos le proponían enlaces más ó menos aceptables, más ó menos honrosos, según el espíritu de bandería ó partido que dominaba á los consejeros: la mujer se sobrepuso á la reina, y libremente eligió á D. Fernando, Rey de Aragón, porque de este modo unía á sus reinos otro no ménos fuerte y poderoso, y esta alianza obtenida por el amor, había de ser más fuerte, más duradera que los tratados de paz y amistad hasta entónces celebrados. Realizado su casamiento, enamorado Fernando el Católico de su esposa, más quizá por su talento que por su belleza, vió la heroína cumplirse el deseo más vehemente de su alma; y, conquista tras conquista, victoria tras victoria, llegó á plantear sus reales ante los muros de Granada, último baluarte del islamismo. Un ultraje hecho á la mujer, había traído como consecuencia la dominación de los árabes, y otra mujer los arrojaba á las costas africanas, después de una lucha tenaz, cuya duración se cuenta por siglos.

Durante el memorable asedio de la ciudad de Boabdil, discurría por las calles del campamento cristiano, un hombre de edad madura, pero en cuya frente se leía la ciencia, y á quien los soldados apodaban *el loco*, puesto que ofrecía nada ménos que descubrir un nuevo mundo. Isabel quiso conocer á este hombre singular, y penetrada de la verdad que reflejaban sus conclusiones geográficas, acarició la idea de secundar sus proyectos cuando terminase la conquista. Colón, el atrevido genovés, había luchado con las preocupaciones de una época en que

solo se comprendían la guerra y la oración; y cuando fatigado de esta lucha vá á renunciar á su gigantesco proyecto, una mujer, D.^a Beatriz Enriquez, le anima á buscar las incógnitas regiones, y otra mujer, la reina Isabel, despoja de joyas su corona real para armar las carabelas exploradoras.

Estas naves salen del puerto de Palos bajo la enseña de María: su imágen brilla en los gallardetes de la capitana, cuyo nombre lleva, y en este buque, tras una noche de mortal angustia, descubre el osado marino la luz que vagaba por las costas de aquel país vírgen, al que por un azár de la fortuna no había de legar su nombre. Tomó posesión de Nueva-España en nombre de Isabel, no porque fuese la reina cuyo nombre campeaba en las cédulas y documentos oficiales, sino porque fué la única que acogió su proyecto á despecho y sin ayuda de don Fernando su esposo, que participaba de la opinión vulgar, y dió la vuelta á Barcelona para depositar á los piés de aquella mujer insigne las primicias de los países descubiertos. Aragón tuvo que contentarse con la derrota científica que Castilla le hizo sufrir, y el génio brilló sobre la frente de Isabel, que había comprendido cuán cierto es que la union constituye la fuerza, y que no teniendo quien le prestara el dinero necesario para la expedición, había empeñado su corona, mientras su esposo Fernando apilaba en sus arcas los tesoros del reino de Aragón, y se reía de las *supersticiones* de su mujer, que, más hábil que él, había dado el golpe de gracia al feudalismo con su política y con su cordura en la gobernación del Estado.

La obra de la exaltacion de la mujer parecia perfeccionada, y sin embargo, la Providencia le reservaba un tiempo más completo: queria que el mundo le debiera la conquista de otro nuevo mundo, y le reservaba la gloria de completar la obra de Colon. Quiso que la idea del progreso fuese por su mediacion á ejercer su benéfico influjo en los inextricables bosques de América, y que no quedase en aquel apartado continente ni un rincón ignorado, ni una piedra que no fuese testigo de la victoria por la mujer conseguida.

Una mujer habia empujado á Colon hasta las costas de América, dotando á nuestra España de un nuevo mundo, tan vírgen como fértil, tan risueño y encantador como inmenso y rico. Habíase fundado en la Española un subgobierno, dependiente del Consejo de Indias, que lo era á su vez de la Corona, y el rey podia mandar desde su alcázar al extremo opuesto del inmenso Océano, como á la más próxima aldea de los alrededores de la Corte. Diego Velazquez gobernaba en su nombre desde Habana los países descubiertos; pero adormido en la voluptuosidad del oro y los placeres, desoia la voz de la fama que publicaba la existencia de un imperio poderoso muy próximo á la isla, y cuya conquista haria estremecer de envidia á las naciones de Europa. Hablábase, en verdad, de este país con un acento tan hiperbólico, que más bien se tenia por un sueño que por la verdad de una conquista realizable. Sin embargo; esta idea, cruzando los mares, llegó á las playas de Iberia y resonó en Medellin, pequeña aldea de Extremadura. Allí, consumido por el tédio,

agobiado por la inaccion y entristecido por la carencia de recursos, vivia un guerrero que, cansado de luchar en pró de su rey sin alcanzar el premio de su valor, veia á sus cariñosos padres sufrir las consecuencias de su desgracia. Oyó Cortés esta voz y le pareció un aviso celestial enviado á su alma como deliciosa profecía que le aseguraba risueño porvenir: descolgó la mohosa espada, y trasladándose á América, ofreció á Velazquez capitanear una expedicion que emprendiese la conquista de aquellos países. La envidia destruyó en flor tan generoso propósito, y Hernán-Cortés se vió aherrojado por aquel que debiera tenderle una mano amiga, y de quien ciertamente no habia soñado recibir semejante ultraje.

Pero estaba probado que ni una de las grandes obras de la humanidad habia de llevarse á cabo sin el concurso de la mujer. Catalina Suarez Pacheco comprendió la grandeza de aquella alma, meditó las ventajas que reportaria la idea de Cortés, y abriéndole las puertas de la prision, pudo el héroe tender su vuelo á los soñados países, emprendiendo con solo 200 españoles la temeraria empresa de conquistar á Méjico y agregar tan hermoso florón á la Corona de España.

Poco expertos en la náutica, cortos en número, aunque sobrados en valor, ignorando la topografía de su campo de operaciones, é impotentes para comunicarse con los indígenas, cuyo idioma desconocian, escasos resultados podian prometerse de su expedicion, si otra mujer, una india llamada Caoniana, y bautizada despues con el nombre de Mari-

na, dotada de un carácter enérgico y emprendedor, no hubiese sido el hilo salvador que dirigiera á Cortés en el laberinto de las selvas vírgenes: esta india, que mereció un lugar honrosísimo en la historia de la conquista, estaba adornada de un especial criterio, de un talento y una penetración impropios de su estado, y puede decirse que ella fué el cuerpo diplomático agregado al cuartel general, con cuyo auxilio pudo el héroe realizar la más gloriosa de las conquistas. Méjico fué provincia española, y los nuevos colonizadores, modificando la ya notable civilización de aquellos indígenas por la religión del crucificado, pudieron utilizar las grandes riquezas de aquel privilegiado suelo, arrancaron ríos de oro y plata de lo más profundo de las montañas, exportaron esencias y perfumes, piedras preciosas, maderas finas, é infinidad de productos medicinales enriquecieron la industria, dilataron la esfera comercial, y probaron al mundo que en los dominios del Rey de España jamás se ocultaba el astro del día.

París estaba en poder de los ingleses: una guerra encarnizada asolaba los campos y destruía las más hermosas ciudades de Francia, sin que se viese el término de tantos años de lucha, y sin que las armas francesas encontrasen otro medio de terminarla que la sumisión á Enrique VI de Inglaterra, en cuyo nombre regia Bedford los países conquistados. El duque de Anjou y el pretendiente Carlos, fueron vencidos en los campos, y el regente dispuso que el Conde de Salisbury sitiase á Orleans y prosiguiese con ardor la conquista del reino.

Mas la Providencia tenia dispuesto que una mujer librase á la Francia de sus enemigos. Era una jóven campesina de la Lorena: de una constitución robusta, rostro moreno, ojos negros y expresivos, abriéndose bajo las graciosas curvas de dos finísimas cejas, velados por largas pestañas, y superados por una frente pura y despejada, limitada á su vez por negra y espléndida cabellera, Juana de Arco, ó *Juanilla la Enramada*, como la llamaban también del nombre de su madre, habíase quedado dormida al pié de una haya, donde manaba una fuente cuyo murmurio le habia ayudado sin duda á remover en su cerebro la historia larga y penosa de las desolaciones de Francia, y el sueño la sorprendió, cuando repasados los acontecimientos, vino á su mente el espíritu de comparación. El toque de *Angelus* la despertó: sacudió sus sayas polvorientas, serenó su frente con el agua del cristalino manantial, y encaminóse á su casa con paso mesurado, baja la cabeza, y dejando perderse entre el polvo del camino la silenciosa lágrima que se deslizaba por su mejilla.

Al día siguiente abandonaba su morada, y dirigiéndose al campamento francés, buscaba al señor de Baudricourt refiriéndole una historia. Según ella, Santa Catalina de Sena se le habia aparecido en su sueño y le habia dicho que era la destinada á pacificar la Francia, arrojando del país á los ingleses; pero apenas habia empezado á exponer los hechos, cuando Baudricourt le mandó salir de su tienda tratándola de impura, y previniéndole que volviese á casa de su madre á hilar su rueca y no osase presentarse otra vez en el campamento.

Juana de Arco no desmaya; dirigese al soldado, corazon más sencillo, fé más viva, en quien la religion no era una farsa sino el bien inspirado por Dios, y consigue cambiar de tal modo el criterio del general, que este le dá una caperuza y un caballo y la hace acompañar de dos caballeros con los que se dirige á Chinon, residencia del rey Cárlos. Allí vuelve á repetir su narracion, promete al rey llevarle á Reims para ser ungido, y este la escucha, le confía el mando de algunas tropas, y auxiliada del valeroso Dunois, se dirige á Orleans, rompe el cerco, entra en la ciudad, reanima á los sitiados, y haciendo continuas salidas, obliga á los ingleses á levantar su campamento y los hace huir llenos de terror. Entónces intima al Duque de Bedford que abandone el reino, y la contestacion del inglés se reduce á llamarla *vaquera*; pero esta vaquera conduce á Cárlos á Reims por enmedio de sus enemigos, y da á la Francia un rey propio, destronando de ella á Enrique VI de Inglaterra.

Montada en su caballo, cubierta con su armadura color de fuego y esgrimiendo el pesado montante, hubiérasela tomado por el ángel exterminador; descansando en su tienda, envuelta en un vestido de hilo y sueltos sus cabellos, era el ángel de la gracia; y hablando en el consejo, dando órdenes en su campo, y dictando los partes que daba al rey, era el hábil diplomático de nuestros dias. En torno de ella existia como otra armadura invisible que la protegía hasta de un mal pensamiento, y con razon pudo decir cuando herida y prisionera de los ingleses subió á la pira que debía quemar su cuerpo:

«¡Cómo! ¿Este cuerpo que he conservado puro y sin mancha va á ser quemado?»

Pero la historia guarda su nombre esculpido con letras de oro, y el corazon de los franceses la dedica un altar orlado por la admiracion y cimentado en la gratitud.

